

DOMINGO XIX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 4-8): *Levántate y come.*

Salmo (33, 2-9): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor».*

2ª lectura (Efesios 4, 30 – 5, 2): *Sed buenos y comprensivos.*

Evangelio (Juan 6, 41-51): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

Nada más sencillo ni más sólido que este consejo que Pablo daba a los habitantes de Éfeso. A ellos ya les había aclarado las dificultades que entrañaba una lectura pagana de la divinidad y ahora se atreve a darles la norma suprema de vida. Sed imitadores de Dios, comportaos como hijos queridos del Padre celestial y vivid en el amor tal como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor.

Nada de egoísmos que no hacen sino generar ira, enfados, insultos y toda maldad. El amor cuando es la búsqueda y goce del verdadero bien nunca produce amargura, la dificultad radica en nuestra ignorancia que acaba seduciéndonos con la necedad. Acabamos queriendo ignorar para no tener que afrontar la verdadera sabiduría que entiende y experimenta el amor como algo sagrado y que convierte nuestra vida en un auténtico derroche de generosidad. Vivir en el amor es comunicarse vida, esforzarse por alcanzar los medios necesarios y no descuidar la tentación de caer víctimas ante los bienes caducos.

Sí, la vida es dura. Incluso para tipos duros como Elías. El hombre que había combatido la infidelidad religiosa de su pueblo porque se contagiaba de religiosidades cómodas y protectoras que ofrecían seguridades falsas y protecciones imposibles para las personas, las cosechas y la ganadería. Creían conseguirlo con ofrendas naturalistas y rituales mágicos como si Dios fuera Alguien a quien pudiera comprarse. Elías había querido advertirles: sí, la vida es dura.

También para los creyentes. Dios no nos exime de las dificultades, penalidades y esfuerzos que exige la vida para llevarla adelante. Nos toca hacer los recorridos de cualquier persona y nos ocurre de todo, como a cualquier hijo de vecino, como les ocurrió a nuestros antepasados creyentes antiguos y modernos. No les llevamos ventaja a nuestros mayores o padres en la fe. Sus historias personales están plagadas de sinsabores, de contiendas, frustraciones y fracasos. Su periplo de X años tuvo de todo lo que tiene la vida. Como la nuestra. Con muchos momentos de hastío, cansancio y agotamiento.

¿Cómo hicieron ellos frente a su transitar por el desierto por el que todos pasamos? ¿Cómo se llenaron de energía para buscar el pan que todos necesitamos comer y llenar nuestro interior de donde ha de salir la fuerza necesaria que nos haga superar el desaliento? ¿Qué tipo de pan es el más adecuado para el tipo de fatiga que tenemos?

El evangelio de Juan nos advierte que el maná no fue suficiente para asegurar la vida a los que lo comieron y añade que sólo el pan caído del cielo es capaz de generar la vida eterna. Ese pan es el mismo Hijo de Dios llegado del cielo para indicarnos el gran secreto del Padre, que nos ha llamado a participar plenamente de su vida. Este Hijo, el propio Jesús de Nazaret, es el amor del Padre, el verdadero alimento de nuestra vida. No lo pudo decir más claro: *«Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre».*

Jesús es el modelo del querer de Dios, su vida entera fue el desarrollo de ese querer. A nosotros sus discípulos, nos ha concedido aprender de Él a vivir en el amor del Padre. No nos está negando el amor humano sino devolviéndole el verdadero sabor que el amor tiene como el propio querer de Dios. Amar es imitar a Dios, lo demás es un sucedáneo, que acaba imponiéndose en el mercado como si de un producto genuino se tratara.

Recordemos que sólo el sacrificio, aquella actitud que respeta y rinde culto al área de lo sagrado, puede garantizar la legitimidad del verdadero amor; ese imperativo vital sin el cual difícilmente podemos afirmar que estamos vivos. ¡Que amargura la de aquellas personas que se han quedado sin amor! Agradecemos a Pablo, el discípulo de última hora, que escribiese a los ciudadanos de Éfeso invitándoles a recobrar la alegría de la vida viviendo en el amor.

Escuchar la Palabra es la receta que la Biblia nos da desde sus inicios. Escuchar la Palabra que la naturaleza lleva inscrita en lo más profundo de ella misma. Escuchar la Palabra que, en un momento determinado de la Historia, nos hace ser humano y toma no solo el sonido de nuestra laringe, sino toda la expresión corporal que los seres humanos utilizamos para decir lo que nos resulta imposible expresar con la voz y con la escritura.

Jesús es la personificación de esa Palabra de arriba que nos levanta y eleva por encima de nuestros cansancios y pesadeces. Nos lo insiste en el evangelio de Juan al que corresponde la lectura evangélica de hoy: *«Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo».* Con su hablar, su hacer, su forma de relacionarse, su estar cercano, su ánimo y su Palabra de Esperanza. Nos toca levantarnos. El camino no ha terminado. Ante nosotros está, majestuoso, el monte de la vida, la subida calurosa y escarpada que exige mucho convencimiento, mucha determinación, mucho entusiasmo para seguir. Dios, con su Palabra y su Pan, nos acompaña.

La mesa está servida sólo hace falta levantarse y acceder con dignidad a comer y a beber de ella. Comiendo y bebiendo de ese manjar celestial gozaremos del amor.